

*Resumen de la historia de los aqueos.—Ideas de su gobierno.—Expediciones de Arato.—Esfuerzos de éste para abolir la tiranía en el Peloponeso.—Alianza de los etolios con Antígono, gobernador de Macedonia, y con Cleómenes, rey de Lacedemonia.*

Transcurría la olimpiada ciento veinticuatro (año -282) cuando los patrenses y dimeos empezaron a confederarse; época en que murieron Ptololemo, hijo de Lago, Lisímaco, Seleuco y Ptolomeo Cerauno. Todos éstos dejaron de vivir en la mencionada olimpiada. Tal era el estado de los aqueos en los tiempos primitivos. Su primer rey fue Tisamenes, hijo de Orestes, quien arrojado de Esparta con el regreso de los heráclidas se apoderó de la Acaya. Después de éste fueron gobernados sin interrupción por la misma línea hasta Ogigo, con cuyos hijos, descontentos de que no les mandaban según las leyes sino con despotismo, transformaron el gobierno en democracia. En los tiempos sucesivos hasta el reinado de Alejandro y de Filipo, aunque tal vez variaron los negocios a medida de las circunstancias, procuraron no obstante retener en general, como hemos mencionado, el gobierno popular. Esta República se componía de doce ciudades, las que subsisten hoy día menos Olena y Hélice, que fue absorbida por el mar antes de la batalla de Leuctra. Las ciudades son éstas: Patras, Dime, Feres, Trite, Leonti, Egia, Pelene, Egio, Bura, Carinea, Olena y Hélice.

En los últimos tiempos de Alejandro y primeros de la mencionada olimpiada se originaron entre estos pueblos tales discordias y disensiones, principalmente por los reyes de Macedonia, que separados todos de la liga consultaron su conveniencia por opuestos caminos. Esto fue la causa de que Demetrio, Casandro y más adelante Antígono Gonatas colocasen guarnición en algunas ciudades, y otras fuesen ocupadas por los tiranos, cuyo número aumentó prodigiosamente entre los griegos por este Antígono. Mas hacia la olimpiada ciento veinticuatro, y en la misma que Pirro pasó a Italia, arrepentidas estas ciudades, como hemos indicado, empezaron de nuevo a coligarse. Los primeros que se confederaron fueron los dimeos, patrenses, triteos y ferenses; por eso no ha quedado monumento alguno de esta concordia. Aproximadamente cinco años después, los egeos arrojaron la guarnición y entraron en la liga. Siguieron el ejemplo los burios, luego de haber dado muerte a su tirano. Al mismo tiempo los carineos recobraron su antiguo gobierno. Porque Iseas, tirano de Carinea, observando la expulsión de la guarnición de Egio, la muerte del tirano de Bura por Margos y los aqueos, y que dentro de poco se le atacaría a él por todas partes, depuso el mando, y después de haber tomado de los aqueos un salvoconducto para su salvaguardia, agregó la ciudad a la liga de éstos.

Pero ¿a qué propósito recorrer tiempos tan remotos? En primer lugar, para manifestar cómo, en qué tiempo y quiénes fueron los primeros aqueos que restablecieron el presente estado; en segundo, para que, no mis palabras, sino los mismos hechos sirvan de testimonio a su gobierno, que siempre tuvo un solo sistema entre los aqueos; a saber, convidar a los pueblos con la igualdad y libertad de su Re-

pública, y hacer guerra y resistir de continuo a cuantos, o por sí, o por medio de reyes, intentasen reducir a servidumbre sus ciudades. De esta forma y con esta máxima consiguieron tan gran empresa, ya por sí, ya por sus aliados. Porque también lo que éstos contribuyeron a la liga en los tiempos sucesivos se debe referir al gobierno de los aqueos. Pues en medio de haber acompañado a los romanos en las más y más famosas expediciones, jamás los prósperos sucesos les hicieron anhelar propias conveniencias, antes bien por todos los servicios que prestaron a los aliados no desearon otra recompensa que la libertad de cada uno y la concordia común del Peloponeso. Pero esto mejor se comprenderá por los efectos mismos de sus acciones.

Durante los veinticinco años primeros (año -256) tuvieron una misma forma de gobierno las mencionadas ciudades, nombrando por turno un secretario común y dos pretores. Les pareció mejor después elegir uno y a éste darle la confianza de todos los negocios. El primero que obtuvo este honor fue Margos Carineo.

A los cuatro años del mandato de éste (año -252), el valor y audacia de Arato el Sicioniano, entonces de veinte años de edad, libertaron a su patria de la tiranía y la agregaron a la República aquea; tanto le había gustado desde sus primeros años el sistema de esta nación.

Elegido pretor por segunda vez al octavo año (año -244), se apoderó con astucia de la ciudadela de Corinto, donde mandaba Antígono; acción que libertó de un gran sobresalto al Peloponeso, puso en libertad a los corintios y los incorporó en la República aquea. En el transcurso de la misma pretura tomó por trato la ciudad de Megara y la unió a los aqueos. Todos estos hechos sucedieron en el año antes de aquel descalabro de los cartagineses que los desalojó de toda Sicilia y los puso en términos de pagar tributo por primera vez a los romanos. Habiendo conseguido grandes progresos en poco tiempo los intentos de Arato, en adelante ejerció el mando, dirigiendo todos sus designios y acciones al único objeto de arrojar a los mecedonios del Peloponeso, abolir las monarquías y afirmar a cada uno la libertad común que había heredado de sus padres. Mientras vivió Antígono Gonatas se propuso oponerse a las intrigas de éste y a la ambición de los etolios, procediendo en cada asunto con suma delicadeza, en medio de que había llegado a tanto la injusticia y osadía de ambos, que ya habían acordado entre sí la ruina de esta nación.

Después de la muerte de Antígono, los aqueos se confederaron con los etolios, les ayudaron con generosidad en la guerra contra Demetrio, cesaron por entonces las disensiones y enemistades, y en su lugar sucedieron la unión y cordial afecto. Sólo diez años reinó Demetrio, y con su muerte, ocurrida hacia el primer tránsito de los romanos en Iliria, se presentó una bella ocasión a los aqueos para promover sus primeros designios. Todos los tiranos del Peloponeso se consternaron con la falta de éste, que era, digámoslo así, el que los sostenía con tropas y dinero. Por otra parte, Arato, que estaba resuelto a que depusiesen sus dignidades, los instaba, les ofrecía premios y honores si asentían, y los amenazaba con los mayores peligros si lo rehusaban. Con esto por fin tomaron el partido de renunciar voluntariamente la tiranía, poner en libertad sus patrias e incorporarse en el gobierno de los aqueos. Lidiades el Megalopolitano, como hombre astuto y prudente, previendo lo que había de suceder, depuso gustosamente la dignidad real durante la

vida de Demetrio y entró a la parte en la sociedad nacional. Aristómaco, tirano de los argivos, Jenón, de los hermionenses, y Cleónimo, de los filiasios, despojados de sus insignias reales, abrazaron la democracia.

Estas alianzas, habiendo aumentado soberbiamente el poder de los aqueos, dieron envidia a los etolios (año -228), quienes llevados de su connatural perfidia y avaricia, y sobre todo de la esperanza de disolver la liga, trataron con Antígono Gonatas sobre la división de las ciudades aqueas, así como lo habían practicado anteriormente con Alejandro sobre las de los acarnanios. Llevados entonces de semejantes deseos, tuvieron la temeridad de hacer alianza y unir sus fuerzas con Antígono, gobernador que era a la sazón de la Macedonia y tutor del joven Filipo, y con Cleómenes, rey de Lacedemonia. Veían en Antígono, pacífico poseedor de la Macedonia, un enemigo cierto y declarado de los aqueos, por la sorpresa de éstos en la ciudadela de Corinto. Presumían que si lograban hacer entrar en sus miras a los lacedemonios y despertar en ellos el antiguo odio contra esta nación, era la ocasión de invadir a los aqueos y, atacados por todas partes, arrollarlos con facilidad. Y en verdad que hubieran logrado su intento, si no hubieran omitido lo principal del proyecto. No contaban con que tenían por antagonista en sus desig-nios a un Arato, hombre que sabía salir de todas las dificultades. Efectivamente, por más que intentaron descomponer y provocar una guerra injusta a los aqueos, no sólo no consiguieron lo que habían propuesto, sino que como Arato, pretor a la sazón, se oponía y frustraba con astucia sus intentos, aumentaron su poder y el de la nación. La consecuencia nos hará ver cómo se manejaron estos asuntos.